



# Marta no me habla

Marina Aguirre

Ilustraciones de Nuria Díaz



## Marta no me habla

Pensé que, cuando llegara a casa, toda la familia me preguntaría cómo me había ido el primer día de clase y podría contar lo que había sucedido, pero no fue así. Lo que me recibió fue el ruido de cacharros rotos, seguido de un grito de alegría.

—¡Jesús acaba de tirar el mantel! —anunció mi padre asomándose por la puerta de la cocina.

Jesús es mi hermano. Y no es que sea un gamberro ni nada parecido, es que tiene dos años y mucha hambre, todo el rato. Para él, la manera más lógica de alcanzar un plato de puré que está sobre la mesa es tirar del mantel con todas sus fuerzas. Y eso hizo.

Total, que se rompieron cuatro platos, hubo que barrer y luego poner otros cuatro y unas pinzas sujetando el mantel para evitar que el desastre se repitiera. Como

Jesús había alcanzado su plato, ese no se rompió. Y mi hermano se comía el puré tan contento a cucharadas.

A mí el puré no me gusta mucho, y menos si lleva cebolla, pero es que, además, había vuelto del colegio con un nudo en el estómago. Así que me lavé las manos, me senté a la mesa entre la abuela y mamá, y me quedé allí mirando la comida y dándole vueltas con la cuchara. Cuantas más vueltas le daba, más puré parecía haber en mi plato. ¡Aquello estaba a punto de desbordarse!

—Bueno, Isa, ¿qué tal la vuelta al cole? —preguntó entonces mamá, cuando Jesús ya había acabado de comer. Podría haberme embadurnado la cara de puré como hacía él. Así habría tenido menos que comer.

—Marta no me habla —dije moviendo la cuchara con más desgana. Así de breve era el resumen de mi día.

—Bueno, pues no le hables tú a ella —contestó la abuela de inmediato—. Así verá lo que se pierde.

—Mamá, no seas así de radical. —Mamá siempre llama a la abuela «mamá», nunca «abuela», que es como la llama papá.

—Mi nieta es la más chula —respondió la abuela levantando la nariz. Pero se equivocaba.

—¿Igual a Isa le ha comido la lengua el gato? —preguntó papá entonces. Creo que intentaba hacerme sonreír—. ¿Has hecho algo que haya podido molestar a Marta, cielo?

—¿Cómo va a hacer mi nieta algo así? —se indignó la abuela. Es que le encanta discutir con papá. Si papá



dice que la comida está sosa, la abuela que salada. Si papá quiere ver el baloncesto, la abuela el fútbol. Y así con todo.

Yo me estaba ahogando en mi plato de puré. La cuchara creaba olas que iban y venían y amenazaban con desbordarlo. Me metí un poco en la boca y me lo tragué con esfuerzo. Llevaba cebolla. El líquido se deslizó por mi garganta, me inundó poco a poco y fue creando un océano en mi estómago. Uno enfurecido y con altas olas.

Creo que no me cabía más líquido en el cuerpo, porque al momento me puse a llorar.

—Anda, Isa, no llores —dijo mamá al ver cómo los lagrimones me caían sobre el plato, salpicando.

—Lo vas a dejar demasiado salado. —Papá retiró el puré de debajo de mi cara y lo puso aparte. Al alcance de mi hermano. Jesús aprovechó para meter su cuchara y darle un buen bocado.

—¿Por qué no nos cuentas lo que ha pasado? —preguntó mamá.

—Desde el principio —añadió la abuela.

Y eso hice.



# 2

## Lo que pasó

—Todo empezó por la mañana, cuando llegué al cole.

—Parecía un día normal cuando me fui —dijo papá.

Intenté ordenar mis ideas. Papá me había dejado en la puerta. Era pronto, se estaban empezando a formar las filas. En la mía solo había algunos chicos y dos niñas de clase bastante desagradables, Paula y Lidia. Así que me quedé lejos, esperando.

—¿Esperando a qué? —preguntó la abuela.

Esperaba a Marta, mi amiga del alma, claro está.

La vi llegar enseguida, en el coche rojo de su madre. ¡Iba en el asiento de delante! El año pasado, cuando íbamos juntas a su casa, siempre nos sentábamos las dos en el asiento trasero. Total, que el

coche paró junto a la puerta, Marta se bajó de un salto, no le dio un beso a su madre ni nada, y se fue directa hacia la fila.

—Su madre me saludó al irse. Pero Marta pasó por delante de mí, supercerca, y de largo. ¡Creí que no me había visto, así que la seguí! —expliqué—. Ella llegó a la fila y se puso a hablar con Paula y Lidia, muy animada.

Eso fue el primer síntoma de que algo iba terriblemente mal.

Porque Paula y Lidia eran malas con el resto de las niñas de la clase. Lo eran el año anterior y ahora las dos habían dado un buen estirón.

Una vez pegaron un chicle en el pelo de Fátima y su madre tuvo que cortarle el mechón desde la raíz para quitarlo. ¡Pero eso no era lo peor que te podían hacer!

—Lo peor que pueden hacerte es... —busqué las palabras— nada. Te tratan como si fueras invisible: miran a través de ti como si no te vieran, hacen como que no oyen que hablas. Y luego se miran entre ellas y ríen. Si les dices algo, es que no se están riendo de ti, claro, pero para entonces casi preferirías que así fuera.

—¿Porque eso quiere decir que al menos reconocen que existes? —preguntó la abuela.

—¡Exacto!

Y esas fueron las niñas con las que Marta se puso a hablar según llegó.

—Aquí viene tu amiga —dijo Paula al ver que me acercaba.

Aquello me sorprendió. Paula nunca se había fijado en mí. ¿Era una buena señal que reconociera que me veía?

Pues no.

Marta apenas me miró por encima del hombro. También ella había crecido mucho durante el verano. Ahora era varios centímetros más alta que yo.

—Esta ya no es mi amiga —dijo arrugando la nariz.

Paula y Lidia se rieron. Entretanto, el resto de los niños se habían colocado y apareció la maestra. La fila se puso en marcha.



Y ahí me quedé yo, congelada en el porche del colegio en medio de un precioso día soleado.

—Igual es un caso de amnesia —reflexionó papá—. Hay gente que pierde totalmente la memoria y no se acuerda de nada de su vida anterior...

—Yo creo que es un caso de otra cosa —respondió la abuela levantando mucho la nariz de nuevo. Es su forma de decir que no admite discusión.

—Es que eso no fue todo —dije yo entre suspiros—. En el recreo intenté hablar con ella...

—¡Esa es mi nieta!

—¿Y qué pasó? —preguntó mamá. Los tres adultos estaban tan pendientes de mi historia que Jesús ya iba por la mitad de mi plato de puré.

—¿Estás enfadada conmigo? —le pregunté a Marta en las escaleras. Sus nuevas amigas habían salido corriendo las primeras para pillar el mejor sitio del patio: un banco a la sombra del único árbol.

—Bueno... sin más.

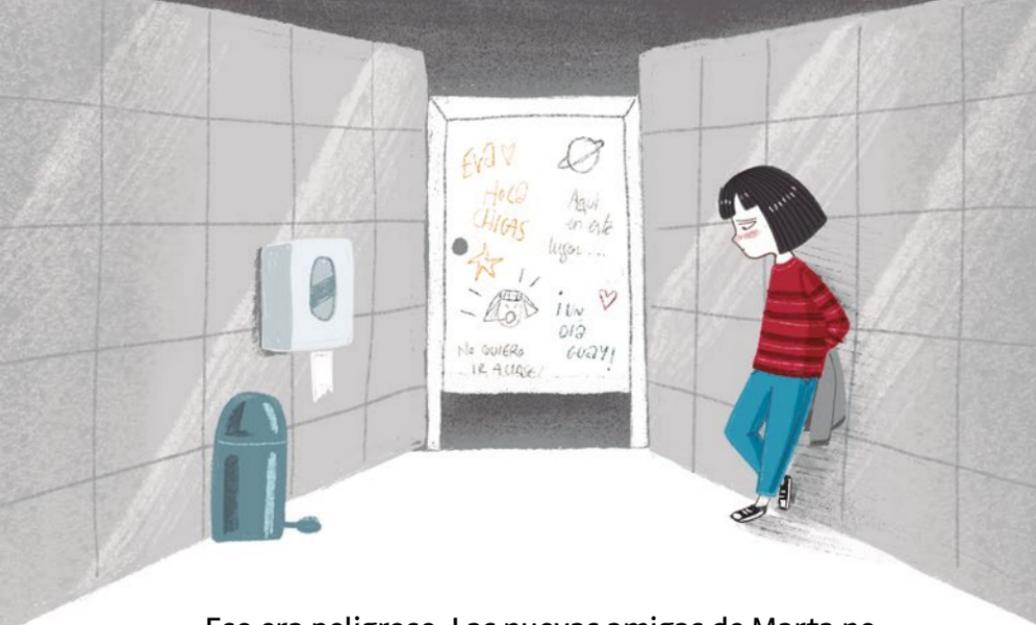
—¿He hecho algo mal? ¿Algo que te haya molestado? ¿Ha sido porque hemos pasado el verano en el pueblo? Ya sabes que allí no tengo cobertura para llamar...

Marta se encogió de hombros.

—Tú sabrás si has hecho algo mal. Pero, por mi parte, ya no somos amigas. Ahora tengo otras.

Y se fue dejándome con un palmo de narices.

Me dejó sola en medio del recreo.



Eso era peligroso. Las nuevas amigas de Marta no eran lo más desagradable que había en el colegio.

Como me encontrara al Oso, estaba perdida.

El Oso es un niño de los mayores que siempre se está metiendo con la gente.

Por suerte, vinieron al rescate.

—Ven a sentarte con nosotras —me ofreció Laura, una niña de mi clase con una trenza castaña muy larga. Estaba sentada con Ana y con Fátima, que también son simpáticas.

Pero no lo hice.

—Lo siento, tengo que ir al baño —me excusé antes de salir pitando.

Los baños no olían muy bien, pero son un escondrijo perfecto. Aunque nunca me había quedado yo allí, sola, como entonces. Me sentí bastante triste encerrada en un cubículo, de pie, para tocar lo menos posible, esperando a que sonara la campana que

anuncia el final del recreo. Pero es que no me apetecía estar con nadie en ese momento. No dejaba de pensar en lo que Marta había dicho.

Me pareció que tardaba siglos, pero al fin oí el timbre. ¡Podía volver a clase!

Entonces, justo cuando fui a salir, escuché una puerta que se abría y se cerraba. Clac, clon. ¡Había alguien más escondido en el baño y no me había enterado!

—¿Quién era? —preguntó mamá.

—No lo llegué a ver. —Me encogí de hombros.

Ese era el final de mi historia.

—Bueno, cariño. Seguro que todo se arregla con Marta, ya lo verás. Y para sufrir hay que comer bien, así que dale al puré —dijo mamá mientras me pasaba mi plato, casi vacío gracias a mi hermano.

¡Me terminé lo que quedaba en cuatro cucharadas! Creo que, cuando sea mayor, Jesús será un buen compañero de aventuras.

—No te preocupes —dijo papá viendo mi cara compungida—. Seguro que haces más amigas.

Pero él no lo entendía.

No quería más amigas.

Quería a la mía.

